

Beatriz Castro Carvajal (coord.), Colombia. La construcción nacional. Tomo 2 (1830/1880), Mapfre, Madrid, 2012.

A menudo, los aniversarios de un evento representan la oportunidad para promover una reflexión de carácter historiográfico. Más allá de las fiestas y de los espacios dejados a la retórica, en efecto, las celebraciones nacionales, como prácticas de la vida cultural e intelectual de un Estado, ofrecen la ocasión para actualizar algunas temáticas históricas y experimentar también nuevos métodos de investigación.

No sorprende, en este sentido, que en muchos Estados latinoamericanos, de recién llamados a celebrar los dos siglos de vida independiente de España, las conmemoraciones se acompañaron a la que, por diferentes aspectos, puede ser considerada una nueva estación historiográfica.¹ A raíz de las celebraciones, de hecho, en estos últimos años, en varios países se asistió a la salida de un gran número de publicaciones y estudios, realizados con el objetivo de plantear preguntas cognoscitivas y recorrer los itinerarios de la formación del Estado nacional en América Latina.

La posibilidad de aprovechar del aniversario de la independencia para reanudar temáticas que no tienen sólo un valor histórico-cultural, sino también ético-político, parece haber sido bien explotada, por lo menos en un ámbito estrictamente académico,² sobre todo en Colombia. Aquí los “escritos del bicentenario” han contribuido a la formación de una innovadora producción, confirmando, además, la importante tradición que el país tiene en tema de estudios sobre la construcción del Estado.³

1. Para una primera reflexión sobre el desarrollo de los estudios relacionados a la ocasión del bicentenario en los diferentes países latinoamericano, véase, entre otros, M. Tenorio Trillo, *Historia y celebración. América y sus centenarios*, Tusquets Editores, Barcelona, 2010.

2. Cfr. L. Parra París, *Presentación a La independencia: recepción de ideas y construcción de mitos*, L. Parra París (editor), Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2012, pp. 9-12.

3. Como ejemplo, Cfr. AA.VV. *Aproximación crítica a la historia de Colombia y el bicentenario de su independencia*, compiladores Vera X. Samudio, Álvaro Botero Cadavid, Alfredo Holguin Marriaga, Ediciones Izquierda Viva, Bogotá, 2010; B. Vela Orbegozo, *Contribución al debate sobre la formación del Estado Colombiano en el siglo XIX*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2010.



En Colombia, de hecho, la reflexión sobre los fundamentales nudos económicos, políticos, sociales y culturales a desarrollarse para la edificación de un Estado nacional moderno empezó ya ante del fallido intento bolivariano de unir Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. A lo largo de más dos siglos, y pasando a través de diferentes sensibilidades y momentos históricos, estas reflexiones han ayudado a estudiar, conocer y narrar las etapas de la formación de una andamiaje estatal, destacando –aunque no siempre de manera coherente– la pluralidad de conflictos y dualismos que la acompañó: la herencia de la independencia, los contrastes entre el centro y la periferia, los liberales y los conservadores, el Estado y la Iglesia.

Entre las últimas publicaciones que han querido reconsiderar los varios proyectos encaminados a la realización de una Colombia moderna está la obra *Colombia. La construcción nacional*, coordinada por Beatriz Castro Carvajal y fruto de la colaboración entre destacados estudiosos.

El libro –II tomo de la Colección *América Latina en la historia contemporánea*, publicada por la fundación Mapfre y dirigida por Eduardo Posada Carbó– presenta un análisis de las principales claves políticas, económicas, sociales y culturales que marcaron la formación del Estado nacional colombiano entre la disolución de la Gran Colombia y la vigilia de la *Regeneración*. Las décadas que se toman en consideración, entonces, son aquellas que una atenta tradición historiográfica ha llamado los años de la “larga espera” y del “orden neocolonial”:⁴ años, es decir, durante los cuales, no sólo el territorio neogranadino, sino más bien toda América Latina cultivó la expectativa de un orden diferente, en el cual los nuevos Estados pudieran actuar de manera independiente, tratar de colmar la grieta que los separaba de Europa y de los Estados Unidos y abandonar así la condición de minoría económica y sumisión política que el territorio había sufrido hasta ese momento. La herencia de las guerras de emancipación, la orientación adversa del sistema internacional y los intereses sobre el área de viejos y nuevos actores, sin embargo, habrían obstaculizado el ejercicio del poder político de las nuevas repúblicas y sus tránsitos hacia la modernidad, frenando los planes de modernización y de construcción de un concreto tejido nacional.⁵

4. T. H. Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 140-287.

5. Sobre este tema véase también H. E. Pérez Rivera, *El tránsito hacia el Estado nacional en América Latina en siglo XIX: Argentina, México y Colombia*, Colección Ces, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2007.



En este sentido, en el panorama latinoamericano posindependentista, Colombia no representó una excepción y bien lo destaca el libro coordinado por Beatriz Castro Carvajal. En los cinco capítulos que lo componen, los autores recorren los principales proyectos a través de los cuales el régimen republicano, después de la independencia de la corona española, trató de dirigir políticas modernas, desvinculadas de los territorios, o a lo mejor acordadas con los poderes locales, para la creación de un mercado y de una identidad nacional.

En el primer capítulo, *la vida política*, Fernando Botero Herrera reconstruye los principales motivos que alimentaron las tensiones entre las regiones colombianas y las distinciones políticas entre la facción conservadora y liberal, ya heredadas de las posiciones de Bolívar y Santander: las prerrogativas del gobierno de Bogotá, la depuración de los altos grados militares, el papel de la Iglesia y la función de los entes eclesiásticos. Estas tensiones confluyeron en los diferentes conflictos nacionales y locales que, entre el 1839 y el 1876, más veces afectaron al país. Las guerras contribuyeron a definir la identidad de los dos partidos, pero menos la de sus partidarios, a menudo difícilmente clasificables según los criterios de adscripción al grupo liberal más bien que conservador. Sobre todo, mientras sembraban muerte y destrucción, los conflictos originaron una transformación de los pactos sociales y territoriales, debilitando aún más los frágiles equilibrios políticos, cuya reconstrucción siempre pasó por la emisión de una nueva Constitución. A pesar de esto –afirma el autor– entre el 1830 y 1880, Colombia conoció una “significativa continuidad institucional” (pág. 74), experimentando así apreciables reformas y desarrollando debates sobre temáticas cruciales como el libre cambio, la instrucción, la ampliación de la participación política y las diferentes formas de redistribución fiscal.

La formación de un Estado moderno –según el análisis de Isabel Clemente Batalla en el capítulo *Colombia en el mundo*– pasó también por la adopción de concretas líneas de política exterior, de alcance tanto internacional como regional. La acción –nos explica la autora– fue afectada por la pobreza de recursos y la debilidad de las condiciones materiales que sufría el país. Sin embargo, no obstante los cambios políticos y las inestabilidades, fue desarrollada con apreciable coherencia alrededor de dos fuentes (la tradición diplomática occidental y los proyectos elaborados por los dirigentes de la independencia) y tres ejes (el europeo, el de la región latinoamericana, el del hemisferio occidental). Las estrategias que Bogotá abrazó para ser aceptado como actor soberano en el sistema internacional no fueron



diferentes de las que asumieron otras repúblicas del área. La posición estratégica del país y los intereses a defender, sin embargo, solicitaron un compromiso creciente. El Estado, así, pudo desarrollar una progresiva confianza en el derecho internacional y, sobre todo, contar con representantes diplomáticos con un conocimiento de las problemáticas internacionales “sorprendentemente profundo y actualizado” (p. 87). Entre los responsables de la política exterior, Batalla acuerda principalmente Manuel Ancízar y Lino de Pombo; el primero, como autor de una estrategia encaminada a contrabalancear la expansión británica en la región; el segundo por sus proyectos de unión confederal con Costa Rica y reconstitución de la Gran Colombia.

La comprensión de todos los planes internos e internacionales, orientados a convertir el territorio neogranadino en un Estado moderno, encuentra un oportuno respaldo en el análisis de los procesos económicos que Frank Safford condensa en el tercer capítulo. El autor bien destaca los dos retos que la joven república tuvo que enfrentar en este campo: la conversión desde una economía colonial a una moderna y la necesidad de afrontar “la fuerza irresistible de la Revolución Industrial en Europa” (pág. 129). Estas dificultades vislumbraron todo su alcance durante el ciclo depresivo siguiente a la emancipación, cuando, sin embargo, el país demostró de tener diferentes velocidades. A los retrasos de la cordillera oriental, de hecho, hacía eco el desarrollo de la región occidental de Antioquia. Ella sola producía la mitad del oro colombiano, que a su vez, entre los años Treinta y Cincuenta cubría más del 70% de todas las exportaciones del país. Solo a medianos del siglo la economía colombiana empezó a dar señales diferentes. Productos como el tabaco y la quina –en la espera del café– permitieron un más concreto enganche con los mercados internacionales, mientras, a pesar de los persistentes dificultades y del problema de la deuda, se dio comienzo a algunas iniciativas; entre estas, los planes para mejorar el sistema de transporte –necesario a la definitiva fundación de un mercado interno– los propósitos de dar estabilidad a la moneda y los proyectos para la institución de bancos, tanto para dar sostén a la situación fiscal del Estado, como para facilitar las operaciones en el comercio externo.

En el cuarto capítulo, la misma coordinadora de la obra desarrolla un atento análisis sobre territorio y población. Por la riqueza de los datos presentados y la profundidad de un examen capaz de ir más allá de una simple *histoire événementielle*, habría sido oportuno, quizás, imaginar, después de la introducción, la apertura del volumen con éste capítulo. Las informaciones específicas que se brindan sobre las



características demográficas de la población, su distribución espacial y su movimiento para la apropiación de los territorios aparecen, de hecho, una precondition para la comprensión de las temáticas políticas, económicas, sociales y culturales compendiadas en el trabajo.

En el quinto y último capítulo, Gilberto Loaiza Cano explora la dimensión cultural de la joven república. El autor reflexiona sobre todo sobre la voluntad de las clases dirigentes de dibujar un sistema pedagógico apto a “formar una élite técnica y científicamente capacitada para dirigir la sociedad, pero también [...] formar individuos obedientes ante los requerimientos del sistema político” (p. 239). En este sentido, bien se analizan algunos de los momentos que querían contribuir al nacimiento de una identidad nueva, la nación, también a través de la promoción y apropiación de nuevos símbolos y valores.

Cierran la obra una eficaz bibliografía recomendada y una interesante sección *–La época en imágenes–* coordinada por Guillermo Vera Pardo.

Si se consideran los retrasos, las dificultades y los tiempos largos con que Colombia –así como toda América Latina– vivió su proceso de *Nation building*, parece por lo menos un “riesgo” el propósito del volumen y de los autores de circunscribir la construcción nacional únicamente al periodo 1830-1880. La formación del Estado y su modernización, de hecho, habrían requerido condiciones que en esas décadas solo parcialmente se consiguieron. Entre estas: la creación de una red de transportes para favorecer la integración de regiones divididas tanto por el poder de caudillos locales como de cultivos diferentes; la búsqueda de una concreta complementariedad entre grandes y pequeños productores; la capacidad de encontrar una precisa colocación en el marco internacional, conforme con los intereses nacionales; la defensa de la unidad del país de las fuerzas secesionistas, hasta la capacidad de cumplir con las expectativas de los grupos emergentes.

De toda forma, la capacidad de los autores de recuperar en los años analizados todos los señales y las manifestaciones de ese autoritarismo funcional al “gobierno de la modernización” que, también en las décadas siguientes, habría marcado el proceso de construcción nacional, mitiga, a nuestro juicio, el “riesgo” inherente a la elección de la periodización. Lo que sí, sin duda alguna, se tiene que loar del volumen es la claridad de la forma y de la expresión y la utilidad, para los lectores, de los párrafos de conclusión que cierran todos los capítulos.

GRAZIANO PALAMARA